

Indudablemente lo que mas prospera el interés y el poder de la idea protestante por aquella sazon extraordinaria es el alejamiento y enemiga entre Roma, el espíritu, y España, el cuerpo de la cristiandad antigua.

El día que salieron las tropas pontificias de las filas de los ejércitos españoles, entraron las ideas protestantes en el corazon de la Europa católica. Paulo III pudo amparar á sus sobrinos en las ambiciosas pretensiones á los tronos centrales de Europa y pudo encender la guerra universal contra España, pero no pudo impedir que la católica Francia se acercase á la protestante Alemania; que los príncipes luteranos consiguiesen grandes victorias materiales y sobre todo morales; y que las nuevas ideas se dilataran bajo las enseñas y por las armas en que libraba un Pontífice romano todas sus insensatas esperanzas. Paulo IV pudo evitar en sus principios el mal y corregir con sus buenos acuerdos aquella desatentada política. Pero patriota sobre todo, y, antes que Pontífice, napolitano, en su furor contra la dominacion española, derritió una gran parte de su tiara pontificia. Unióse á esta pasion exaltadísima y casi demente un exceso de lo que hoy llamamos intransigencia por todo extremo letal á los intereses católicos. Su proceder con la Gran Bretaña no tiene nombre, pues apenas hay un calificativo bastante duro en la humana lengua, ni un castigo bastante severo en la universal historia para reprobarlo cual de suyo merece. No habia ganado el Protestantismo de una vez y por un solo golpe á la nacion británica. Su apego á las tradiciones seculares habilitábanla verdaderamente á la conservacion del catolicismo. Además, cierto instinto moral repugnaba una religion impuesta desde las alturas del Estado por el mas teólogo de los Reyes á causa de su desordenado amor á las mujeres. La mayor fuerza que tenia el Protestantismo estribaba en la reparticion de los bienes eclesiásticos á los nobles, y este asunto exigia exquisito tacto y hábil mesura por parte de los Pontífices para no perder en las sinuosidades oscurísimas de los intereses materiales toda la virtud de las ideas religiosas y todo el poder moral de la Iglesia. Habilidad suma y espíritu de conciliacion verdadero necesitaba Roma para impedir la victoria definitiva del Protestantismo en Inglaterra.

Pero Paulo IV personificaba la intolerancia y la intransigencia, causas ocasionales de su derrota vergonzosa. Despreciando todas las transacciones

tan hábilmente ideadas por el legado Polo, empeñóse con ceguera y demencia en alcanzar la restitucion de los bienes eclesiásticos; y para mas agravar tanta temeridad, cometió la torpeza de combatir al esposo amado de la Reina, Felipe II, único príncipe capaz de volver la Inglaterra y el pueblo inglés al regazo de la Iglesia. Y no contento con pelear contra sus propios amigos y pedir de sus enemigos imposibles concesiones, movió la rueda de todos los tormentos, atizó la llama de todas las hogueras, apareció como siniestro inquisidor en los autos de fe y como infame verdugo en las tablas del cadalso. Así no fué mucho que maltratada y herida la nobleza británica en sus primeros magnates, amenazada de despojo en sus cuantiosos bienes, perseguida como manada de fieras en sus castillos y en sus iglesias, impusieran al morir María y entrar Isabel en el trono, la proclamacion de una fe contraria de todo en todo á la fe de sus perseguidores y de sus verdugos. Aun pudo impedir este nuevo regreso del pueblo inglés al culto protestante, si auxiliara el matrimonio de la Reina Isabel con Felipe II, ideado por Carlos V con profundísimo acuerdo, para tener Inglaterra dentro del Imperio y asociada por necesidad á la política católica en contra de los protestantes y de los franceses. En su loco furor, arrastrado por sus instintos de venganza, deseando ya que no pudiera vencer á Felipe humillarlo, movido por las ambiciones de los Guisas que, tios carnales de María Estuardo, heredera del trono de Escocia y delfina del trono de Francia, podia tener bajo su dominio Inglaterra si fracasaba la exaltacion de Isabel y su matrimonio con el español, solo escuchó la voz de sus rencores impeliendo á la nueva Reina con violencias extremas hácia la Iglesia anglicana, su escudo único; y hácia el parlamento protestante, su sosten y apoyo. Necedad grande por parte de Paulo IV mantener los ejércitos luteranos, reunir la liga de los príncipes protestantes, guerrear con Felipe II y Carlos V en Italia y en Flandes, oponerse al matrimonio católico de Isabel Tudor, desavenirse del Parlamento inglés, crear un partido protestante y nacional en Escocia con su proteccion á los franceses y á los Guisas, preferir los revolucionarios electores de Brandeburgo al católico Fernando de Austria, traer las armas de los españoles á que le abrieran heridas en el cuerpo y en el espíritu, contribuyendo así, por sus errores políticos y sus pasiones violentas, á destruir

en el mundo aquella Iglesia del antiguo régimen á cuyo esplendor y engrandecimiento habia consagrado toda su existencia.

Hé ahí cómo la exageracion y la violencia perdieron y frustraron la obra de Paulo IV. Papa exaltado por su carácter hasta las alturas donde truenan Gregorio VII é Inocencio III; pero mas infeliz, mucho mas infeliz todavía que Bonifacio VIII, y cómplice por consecuencia de la victoria protestante y de la rota católica, en el centro mismo de la Europa moderna. Inútil decir que Papa tan enemigo de los españoles no podia mirar de buen ojo á español tan caracterizado como Ignacio y á obra tan española como el jesuitismo. Aquel vasco del temple de nuestras montañas, educado en la corte del Rey á quien Paulo IV habia pedido á la hora de morir, en su calidad de legado, inútilmente la renuncia del trono de Nápoles; capitan de los tercios enemigos del francés, tan amado por la sazón aquella en Roma; con mil heridas en su cuerpo, propias de quien peleara en cien combates contra todo lo que amaba el Pontífice; habia de ser muy repulsivo á las ideas y pasiones reinantes por entonces en la Ciudad Eterna. Lo cierto es que nunca le olieron á santas y ortodoxas las ideas jesuíticas. Aquel maniqueismo de Loyola y aquella extirpacion del libre albedrío parecíanle dos grandes y pavorosas herejías, no contrastadas por el amor de Ignacio y sus discípulos á la Santa Sede. Dicen, pues, las historias que llevó al Santo Oficio, é hizo que fueran severamente condenados los dos cardenales Morone y Foscari, redimidos solo de la prision por una sublevacion popular en el día terrible de la muerte de Paulo. Y estos dos cardenales no habian cometido mas crimen que leer los ejercicios piadosos de San Ignacio de Loyola, y luego elevar una proposicion á Paulo IV para que los confirmase con su autoridad infalible y diese á los jesuitas la indispensable autorizacion necesaria para fundamento y angular piedra de la órden. Naturalmente, pagados todos los Papas de su infalibilidad, se miran mucho antes de revocar una órden, ó de negar una doctrina de sus antecesores, tan infalibles mientras vivieron como los Papas vivos, y sagrados por ende para sus sucesores despues de la muerte. Paulo IV no podia revocar una órden fundada ya por Paulo III y no podia herir un cuerpo tan adicto á la Iglesia y tan devoto al Papa como los jesuitas; pero su odio á España

puede dar la clave para explicar su odio á Ignacio; y la prision de los dos cardenales, puede muy bien decirnos cuánto deploraba que la buena fe de su antecesor hubiera sido sorprendida, obligándole á tener por corriente y ortodoxa una doctrina, en cuyos repliegues y honduras se contenian y encerraban tantos y tan temerosos peligros para la ortodoxia y para la Iglesia. Tres años se llevaron entre sí el Pontífice Paulo IV y el fundador de los jesuitas Ignacio de Loyola; y aunque refiere con grandioso entusiasmo el historiador de este que Paulo IV le habia mandado á aquel en la hora de su muerte la bendicion apostólica, no deja de apuntar la especie, poco satisfactoria para el Pontífice, de que Ignacio contrajo la última enfermedad, la que le llevó al sepulcro, por la pena moral que le causó la guerra de Roma con España y por la fiebre que la malaria llevó á sus venas en la forzosa emigracion á la campiña romana y salida forzosa de la Ciudad Eterna en aquellos conflictos entre su patria y su Iglesia. De modo que la enemiga de Paulo IV á la nacion española, extendióse tambien, con aquella falta de instinto que le caracterizaba y le perdia, por completo á la órden de Jesus.

La furia papal habia tenido en zozobras continuas á la Europa católica. Sus bruscas salidas y arrebatos destruian los mejores propósitos y sembraban las sangrientas guerras. Cuando todo pedia mesura y prudencia, el estado de Alemania, la incertidumbre de Francia, la delicada situacion de Inglaterra, el poder colosal de España, los progresos de la herejía en el mundo, la grande autoridad del calvinismo ginebrino, los gérmenes de la Iglesia escocesa, las amenazas de la Iglesia anglicana, montaba en cólera el Pontífice y deshacíase con furor en violencias y en temeridades. Precisaba mucho, pues, á las grandes potencias el preparar la nueva eleccion y ocurrir á sus eventos para evitarse grandes y seguras catástrofes. A su vez el Sacro Colegio estaba profundamente conmovido y conturbado. Los sobrinos de Paulo IV componian una faccion de su seno, como componian otra faccion, no menos poderosa y temible, los sobrinos de Paulo III. Príncipes de la Iglesia como el cardenal Morone, con voto canónico en los conclaves, y víctima sin embargo de la inquisicion romana, apercibíanse á evitar nuevas persecuciones y encarcelamientos. La tradicion tenia, por su lado, todas las fuerzas y todos los intereses, que suele dar de sí el tiempo en todas las

obras y en todas las asociaciones humanas. Así el número de candidatos crecía mucho, como hechura cada cual de tantas y tan grandes pasiones opuestas.

El embajador por entonces de Florencia en Roma los cuenta y los comunica por medio de una carta fechada el 18 de agosto de 1559 y dirigida desde su palacio al palacio de su monarca. Cinco resultan, según sus cuentas, los cardenales papables. Los Gonzagas de Mantua, los Estes de Ferrara, los Farnesios de Plasencia, los Guisas de Francia intervendrán con mayor empeño que nunca en este importantísimo conclave. El cardenal Carlos Carafa, sobrino de Paulo IV y lacerado en el corazón por los malos humores de su tío, reaparecerá tétrico y misterioso á guisa de muerto resucitado. Fantaseador, suspicaz, irresoluto, por volver á Roma, de cuyo seno le arrojara el jefe de su propia familia y Papa de su propio apellido, vendíase, en guisa de mercancía vil, á cualquier postor que le asegurase la quietud en su cancerosa vejez y el goce de sus cuantiosos bienes. Así unas veces inclinábase á los Farnesios Carafa; y otras veces á los Médicis; y otras veces á los Estes; aunque los últimos trabajaban por cuenta de Francia y en contra de los españoles. Felipe II, cuya juventud amargaran los odios de Paulo IV, y que no quería, por ningún modo, verse, á la edad madura, expuesto al peligro de combates nuevos con la Iglesia y su jefe, dictó una carta muy furiosa, requiriendo á los cardenales para que mirasen, después de todo lo pasado, cuánto importaba designar un Papa prudentísimo y capaz de traer algún bálsamo á las profundas y no bien cerradas heridas abiertas por la temeridad y la violencia en los sacratísimos cuerpos del Estado y de la Iglesia. Por su parte Catalina de Médicis, preponderante á la sazón y con preponderancia suma en la monarquía francesa, demandaba, tanto á los cardenales del Sacro Colegio como á los príncipes del territorio italiano, un Papa devoto de la política francesa. Estaba, en medio de todos estos intereses y de todas estas pasiones entre los Carafas y los Farnesios, entre los duques de Mantua y los duques de Ferrara, entre la corte de Francia y la corte de España, entre las obsesiones de Catalina y las obsesiones de Felipe II, el duque Cosme de Toscana; quien llevaba de frente todas las intrigas, decía palabras dulces y dobles á todos los partidos, acariciaba con esperanzas engañosas las mas

exaltadas ambiciones, y se disponía, taimado y maquiavélico, á levantarse con el santo y la limosna en provecho exclusivo de sus intereses y de su política.

El cardenal de Este ó de Ferrara era el verdadero candidato de Francia. Catalina escribía con empeño al jefe de los suyos, ó sea, al duque de Toscana, para que hiciera todo cuanto pudiese en favor del cardenal ferrarense, pariente cercano de ambos. A su vez Ferrara escribía, desde los salones del mismo conclave, á su hermano el duque las mil intrigas urdidas para esperar la saludable llegada del cardenal francés Guisa, quejándose después de que todo un duque de Ferrara, soberano de tan importante región, hijo de la misma madre que él, no pudiera ofrecerle por todo auxilio para pontificar, otra cosa mas que sus piadosas oraciones. El duque de Ferrara no se curaba tanto de que su hermano fuese Papa como de que no lo fuese por ninguna manera el cardenal Carpi, candidato de Felipe II. Con razón ha llamado un historiador á este conclave confuso baile de máscaras donde todos llevan careta y tratan de mentir y engañar á sus compañeros y á sus cofrades. Los Gonzagas por su cardenal de Mantua, los Estes por su cardenal de Ferrara, los españoles por su cardenal Carpi, los florentinos por su cardenal Médici, arman tal guerra de intrigas, de confabulaciones, de maniobras, que se pierde la mas constante atención al seguirlas y no encuentra la clave de tantos enigmas, la explicación de tantas incidencias, el móvil que impulsa y el pensamiento que dirige á tantos personajes asaltados de fiebre continua, perdidos en los círculos de una danza macabra, donde hierven y fulguran las mas aviesas pasiones y las mas mundanas ideas. Cuatro meses duró aquella infernal comedia. Muchos cardenales enfermaron y alguno que otro murió en tan terribles empeños. Este abría un agujero para comunicarse anticanónicamente con los de fuera; y aquel prometía, en nombre de los poderes mas altos y de los Reyes mas católicos, innumerables granjerías á los simoniacos cardenales papables. Como se consultaba á todos los altos personajes influyentes, oscilaba el conclave según la llegada de las estafetas y correos. La natural supremacía de Felipe II le daba tanta mano en todas aquellas manipulaciones que temblaban á sus cartas. Como entonces residiera en Toledo, los conclavistas decían á una que de Toledo venía el Espíritu Santo. Nada